

diplomacia. Su conocimiento y exacta apreciación de los hombres y de las cosas, su habilidad en preparar políticamente sus empresas guerreras, el arte de esperar con paciencia el momento propicio, de no precipitarse y no descuidarse, la seguridad con que llevaba á cabo los progresos necesarios y con que sabía adoptar las convenientes medidas, y su destreza para engañar á sus enemigos, enemistarlos entre sí, aislarlos diplomáticamente, hacerles aparecer políticamente como faltos de todo derecho, y destruir toda coalición contra él tramada, hicieron que pocos políticos de la antigüedad se le igualasen y menos le aventajasen.

Los helenos iban á experimentar dentro de poco qué hombre era el que empuñaba el cetro de Pella. El rey Filipo, poco despues de haber sujetado á los ilirios, comenzó sus operaciones políticas y militares contra Grecia. Para ello utilizó el profundo conocimiento que tenía de todos sus puntos fuertes y débiles, y de la fama de que entre los griegos gozaba: en una palabra, estos se habían acostumbrado á considerar la Macedonia como una potencia terrible, aunque también lo estaban á ver á los mas audaces Argeadas perecer á manos asesinas.

Para llevar á cabo su plan de conquistar las costas macedónicas, quiso en lo posible, Filipo impedir toda alianza entre Olinto, Atenas y Anfípolis. Afortunadamente para él, los atenienses no hicieron caso de la guerra que en 357 inauguró contra Anfípolis, ciudad que quiso ponerse espontáneamente bajo el amparo de Atenas. Este fué uno de aquellos casos afortunados que tan bien sabía apreciar Filipo, cuya obra histórica era llevada á cabo gracias á su trabajo y á su habilidad en no desperdiciar ningun momento propicio.

El demos ateniense se dejó engañar por las razones de Filipo que decía querer conquistar aquella poderosa ciudad para sus aliados los atenienses. Pero apenas hubo el astuto vencedor enarbolado la bandera macedónica en Anfípolis, quitóse la máscara, y no le pasó por las mientes entregar á Atenas la importante plaza que tanto le servía para defender sus límites orientales y que le facilitaba los nuevos ataques que en lo sucesivo quisiese dirigir por tierra ó por mar sobre Atenas. Con esto se preparó en realidad la guerra entre Atenas y Macedonia, que Filipo emprendió en seguida con tanta fuerza como astucia. En el mismo año de 357 se hizo adjudicar el premio que, por Anfípolis, habían ofrecido poco antes los atenienses, y asoló la ciudad de Pidna. En seguida supo enemistar con Atenas á los olintios, los antiguos enemigos de los atenienses, que en vano habían ofrecido á estos su alianza durante la crisis de Anfípolis; alióse con ellos, cedióles la ciudad macedónica de Anthemus y les entregó con calculada astucia la plaza ática de Potidea, cuando en julio de 356 la arrebató á la clerusia ateniense que en ella residía. Estando acampando delante de Potidea supo la agradable noticia de que su esposa Olimpia, de familia molosa, había dado á luz en 21 de julio, un hijo, á quien se dió el nombre de Alejandro.

IV.—GUERRA CONTRA ATENAS. GUERRA DE LOS ALIADOS ÁTICOS Y SUS CONSECUENCIAS

Siguiendo la táctica de los atenienses, Filipo no hubiera podido, sin vencer antes grandes peligros, hacer los progresos que últimamente había llevado á cabo, á no haber ido en su ayuda la suerte que le favoreció de un modo inesperado y que él supo aprovechar convenientemente. Las fuerzas de los atenienses se habían debilitado mucho desde la segunda mitad del año 357, por haberles faltado sus mas poderosos aliados de las islas. Solo la prematura muerte de Epaminondas había podido impedir que las intrigas tramadas por el gran tebano entre los aliados de Atenas pudiesen perjudicar

á la ciudad de Pericles. Examinado todo, no tenían los aliados apenas derecho alguno para quejarse de Atenas. Pero despues del decaimiento de cuantos hasta entonces se habían mostrado poderosos enemigos de Atenas, y del de los aliados de estos, se levantó enérgicamente el espíritu particularista de los griegos, que no creían verse amenazados por ningun gran peligro, contra la potencia que gozaba de gran reputación y que poco á poco lograba penetrar en las islas con menos consideraciones que antes. Los errores de Cares en Corcira, algunos abusos de los caudillos áticos en la recaudación de impuestos y la situación de la clerusia ática de Samos (bien que no atentase al derecho de la alianza) ejercieron para ello gran influencia. Los hombres de Estado áticos no habían logrado despertar un interés general en la alianza, ni formar debidamente las instituciones de esta. Por último, los elementos democráticos, con los cuales debía contar con preferencia Atenas, se habían debilitado mucho en las ciudades aliadas, y en cambio aparecían en escena los oligarcas, poco propensos á aliarse con Atenas. Las intrigas del príncipe Mausolo de Halicarnaso dieron la última mano á la sublevación de la mayor parte de aquellas importantes islas. La familia de este hombre gobernaba desde la paz de Antálcidas la provincia caria de los Aqueménides. Mausolo, que desempeñaba esta satrapía desde 377 y que había trasladado su residencia de Micala á Halicarnaso, ciudad que supo convertir en una de las mas importantes de origen griego, procuraba entonces por un lado, siguiendo la política del nuevo y poderoso rey Oco, que había comenzado á dominar los incesantes levantamientos de los pequeños sátrapas del Asia Menor, vengarse de los atenienses, protectores de todos los enemigos de la corte de Susa, incitando á las islas al levantamiento, y por otro ejercer su soberanía sobre muchas de las grandes islas que poblaban las costas asiáticas. No hay que decir que Mausolo decía á las islas que el objeto de la sublevación por él protegida había de ser la completa libertad.

Anfípolis había caído en manos de Filipo: los atenienses pensando dirigirse con todas sus fuerzas contra Macedonia, confiaron la dirección de la guerra á Cares, que había sabido concertar en pro de Atenas los asuntos del Quersoneso. Pero cuando en el verano de 357 este caudillo se dirigió á Chio para procurarse los medios pecuniarios que necesitaba, estalló en esta isla, en Rodas y en Cos, la sublevación contra la alianza. Por todas partes los gobiernos oligárquicos sustituyeron á la democracia: la misma Bizancio entró en esta liga contra Atenas, arrastrando consigo á Selimbria y Perinto, y al poco tiempo Mitilene se pasó á las filas de estos nuevos enemigos que contra los atenienses se levantaban. Corcira también había apostatado, y una parte de las ciudades que pertenecían á la alianza ateniense permanecieron neutrales durante la guerra que entonces se encendió.

Las fuerzas de Atenas se hallaron, de consiguiente, debilitadas por mucho tiempo, de suerte que el poder de esta nación sufrió con tales catástrofes grandes perjuicios. Los atenienses comenzaron por dirigirse contra los sublevados, aplicándose á la trierarquía el principio de las simmorias, introducido desde hacía mucho tiempo en la percepción de impuestos, y llamándose para la lucha á los mejores generales del Estado. Pero el primer ataque que Cares dirigió contra Chio fracasó por completo y para mayor desdicha pereció en la lucha el valiente Cabrias á bordo de su trireme.

Los sublevados, que habían aprestado cien buques, inauguraron la campaña de 356 saqueando las islas que habían permanecido fieles á Atenas, devastando á Imbros, Lemnos y otros puntos, y poniendo sitio á Samos. Pronto, sin embargo,

abandonaron esta última empresa al saber que había aparecido junto á Chio la gran escuadra ática, compuesta de 120 buques, de los cuales mandaba 60 Cares y dirigían los otros sesenta Timoteo, Ificrates y Menesteo. Los atenienses, según parece, querían arrojarse contra Bizancio; pero en el estrecho de Chio, junto á Embata, se encontraron con la escuadra enemiga. Cares quiso luchar temerariamente, á pesar de la gran tormenta que se había desencadenado, y habiéndose negado á ello los otros tres almirantes, dió él solo el ataque, siendo completamente derrotado y regresando ciego de ira á Atenas. Los otros tres generales fueron llamados á la ciudad á instancias de Aristofono, su grande amigo, y se dió solo á Cares el mando en jefe.

El espíritu aventurero de este caudillo y la falta de dinero le llevaron á aliarse con el sátrapa lidio-frigio Artabazo, que por entonces se había sublevado contra su rey. Una gran victoria conseguida sobre los persas, el crecido sueldo y el rico botín que conquistó, y la toma de Lampsaco y Sigeion, le hicieron muy popular en Atenas; mas cuando á principios del año 355 llegaron á esta ciudad algunos emisarios de Susa pidiendo explicación del cambio ocurrido en las relaciones con Persia, y los atenienses, cuya hacienda se hallaba por completo arruinada, se vieron amenazados por una guerra con los persas, disminuyó mucho la fama de que en su patria gozaba Cares. Por fin triunfó el partido que quería la paz á cualquier precio: Eubolos que lo capitaneaba y que hasta entonces había sido ardiente adepto de Aristofono, dispuso que se entablasen negociaciones con los aliados que se habían sublevado, y se firmase una paz que les relevara de toda alianza política con Atenas.

Esta conclusion deplorable de la guerra de los aliados tuvo las mas fatales consecuencias para los intereses griegos. Las islas sublevadas, entre las cuales solo Mitilene volvió en 347 á la democracia y á la alianza, no fueron, como fácilmente se deja comprender, autónomas, sino que cayeron bajo la dominación del sátrapa cario, que protegió y vigiló al propio tiempo con guarniciones persas á los funcionarios oligárquicos. El profundo cansancio político de aquellos tiempos y la oposición que se hizo á la democracia dió lugar á que en los territorios asiáticos del mar Egeo apareciese la oligarquía como partido persa, hasta la irrupción de Alejandro en el reino de los Aqueménides. En estas comarcas la democracia fué la única que se mantuvo fiel á los intereses grecorromanos, y saludó con entusiasmo la llegada de las tropas macedónicas. En cambio se ofreció el contraste, pocas veces visto y que se explica fácilmente, de que en la madre patria, donde la oligarquía había ganado terreno á costa del demos, el partido oligárquico apoyaba á Filipo por análogos motivos, mientras que la democracia defendía la independencia helénica contra la hegemonía macedónica.

Atenas, por otra parte, se abismó, á partir de la paz de 355, en una apatía política que duró mucho tiempo, constituyendo un período en extremo crítico. Las consecuencias inmediatas de la guerra fueron fatales: la liga marítima compuesta de 70 miembros, que hasta el año 357 había aportado anualmente 350 talentos, había quedado reducida á un grupo de islas y de ciudades, no escasas en número, pero si en importancia, divididas en sintaxes que solo producían 45 talentos (1.059,750 reales) cada una. Esta cantidad, que representaba únicamente la mitad de los 90 talentos que debían pagar anualmente, se elevó, según parece, poco despues á la suma de 60 talentos. El Estado había perdido en el territorio macedónico sus mas fuertes posiciones: la hacienda completamente arruinada, rotas las relaciones mercantiles con las islas sublevadas, todo estaba herido de muerte; solo el odio de los partidos conservaba todo su vigor. La falta cometida por

el anciano Aristofono haciendo pagar á los colegas de Cares el descalabro por este sufrido en Embata, fué una cruel necedad inspirada tan solo por una enemistad personal ó política. La acusación dirigida contra los tres generales Ificrates, Menesteo y Timoteo se vió en 354 ante los jurados con ocasion del proceso que se les siguió para que diesen cuenta de su conducta. Los acusadores decían de aquellos caudillos que se habían vendido á los chiotas y rodios, y pedían, en su consecuencia, la pena de muerte para ellos. Pero la pérdida intriga fracasó por lo que se refería á Menesteo é Ificrates. En cuanto al orgulloso Timoteo, por sus maneras altaneras y por el desmedido desprecio que manifestó hácia sus acusadores, irritó á los jueces de tal modo, que le condenaron á pagar la inaudita multa de 100 talentos, lo cual le obligó á ir desterrado á Calcis, donde murió en el mismo año de su destierro. Cuando poco despues ocurrió la muerte de Ificrates en Atenas (352), vióse el Estado privado de todos los hombres que hasta entonces habían sido los mantenedores de la nueva fama guerrera y de la fuerza de acción de aquella época, y fué entonces imposible impedir que todas las clases del pueblo ateniense aceptasen con ilimitada confianza el mando de aquellos hombres que habían firmado la paz con los aliados insurrectos. El anciano Aristofono se había retirado á la vida privada en 352, es decir, poco despues de haberse instruido aquel indigno proceso contra los generales.

V.—POLÍTICA DE EUBOLOS EN ATENAS

La burguesía tenía puesta toda su confianza en Eubolos, que en 354 había sido elegido para el cargo de tesorero mayor. Este político, cuyo nacimiento coincide con la terminación de la guerra del Peloponeso, era un hábil hacendista, y bajo este punto de vista debían utilizarse sus servicios. Su política, en cambio, fué fatal para Atenas, por mas que pareció corresponder á teorías que tenían todavía cierta importancia, y á los intereses momentáneos de todos los elementos del pueblo.

El cansancio que entonces se sentía era general; podía todavía vivir en el pueblo ático un noble espíritu; pero el glorioso pasado del Estado comenzaba á servir mas de pretexto para declamaciones oratorias que de aguijón ó estímulo para la generación existente. Algunos se libraban de los deberes que el estado de la ciudad imponía con pomposos discursos faltos de fuerza y de vigor; en una palabra aquella generación había perdido todo plan y toda consecuencia. La masa de los ciudadanos comenzó en Atenas, como en muchos otros puntos de Grecia, á hundirse en el proletariado: cada día se hacían mas patentes los resultados de la inaudita guerra y de los grandes gastos que consigo traía la conservación necesaria de los mercenarios. Los grandes capitalistas y propietarios, en cuyas manos se encontraban cuantiosos bienes, se mostraban cada vez menos dispuestos á dar su dinero para una guerra improductiva. La situación era, pues, poco satisfactoria. El deplorable sistema de hacer pesar en lo posible las cargas del Estado sobre los hombros del vecino, iba ganando terreno y ocasionaba odiosos choques entre los ricos y los individuos de la clase media. Con el creciente afán de goces personales, y el decaimiento del espíritu público, desapareció el placer que antiguamente sentían los jóvenes al entrar en el ejército de tierra y mar.

En la vida pública, por último, los hombres de Estado, procedentes de la burguesía y aun de las clases mas bajas, lo mismo que aquellos que comenzaban su carrera como juristas, escritores ó hacendistas, habían logrado igualarse con los caudillos procedentes de la nobleza.

Al lado de todo esto encontramos dominando en alto

grado el afán de los procesos y la malversación de los fondos del Estado. El tono en que discutían á menudo entre sí célebres oradores era hasta tal punto duro é insolente, que en nuestros tiempos apenas se atrevería á emplearlo la prensa maldiciente de los pueblos semi-civilizados.

Por otra parte perjudicaba mucho al Estado el que algunos hombres, dotados de excelentes condiciones y que se habían entregado por completo á la filosofía, comenzaran á tratar con desden la vida griega y se retiraran poco á poco de la vida pública.

En tales circunstancias, el sistema de Eubolos pudo alcanzar durante mucho tiempo una gran popularidad en Atenas. En punto á política extranjera, se proponía que Atenas retrocediese, por decirlo así, sobre sus pasos y se separase por completo de la gran política que había seguido desde la época de Cimon. Eubolos y muchos de sus contemporáneos querían que con preferencia se atendiese á la hacienda, á los intereses materiales, á la industria, al comercio y al bienestar de los ciudadanos. Este programa era en sí muy prudente y de fácil comprensión, dada la situación en que se encontraba el país; pero un hombre de Estado que aspira á justificar este nombre en el Atica, no podía con el tiempo darse con él por satisfecho. La abstención de empresas innecesarias, la reconcentración, el restablecimiento de la hacienda ática, y algunas reformas interiores, pero al mismo tiempo la resolución de reconquistar lo perdido en el momento oportuno, hubiera sido la mas acertada política. Mas no era este el intento de Eubolos y de sus amigos, que no veían que un Estado como Atenas, cuyos intereses se hallaban comprometidos en varios puntos del mar Egeo y cuya antigua política abrazaba toda la Grecia, no podía, sin exponerse á grandes peligros, contentarse con solo descansar y conservar la paz.

Dos ó, por mejor decir, tres faltas cometieron los atenienses. En primer lugar, en vez de firmar la paz con Filipo de Macedonia, se mantuvieron á la defensiva contra su política absorbente; es decir, que solo en el momento en que el rey atacaba las posesiones áticas, acudían á su defensa y, en cambio, permitían que Filipo avanzase impunemente por aquellos puntos que habían de proteger los altos intereses políticos del Estado. En segundo lugar, seguía una política que por atender á la tranquilidad de hoy no se cuidaba de las dificultades que podrían nacer mañana. Por último, la reconcentración y restablecimiento de la hacienda pública, que se consiguieron gracias á la experta administración de Eubolos, no tenían por objeto, según este político, recuperar la libertad de acción de su Estado. Eubolos no pensaba en crear un tesoro para la guerra, sino que con el excedente percibido durante el primer año de sus funciones comenzó á restablecer, con motivo de la fiesta de Dionisio, la práctica, muy ventajosa para su influencia sobre la multitud, pero muy peligrosa para el desarrollo de las fuerzas del Estado, de poner por encima de los intereses nacionales la vida de las fiestas y de dar á la *caja de las Teorías* una gran preponderancia sobre los demás intereses, sin pensar en distribuir convenientemente los fondos que para ella se recaudaban.

VI.—LA GUERRA FOCENSE Ó SANTA

Pronto veremos cuánto este desvío de la gran política aceleró los resultados de la de Filipo en sus relaciones con la Grecia. Una de las mayores y mas fatales consecuencias de esta apatía política del Estado ático fué que se encendiera sin obstáculos la horrible guerra que asoló desde el año 355 las tribus de la Grecia central, hasta que abrió al rey de Macedonia el camino del corazón de la Grecia.

El antiguo odio entre los beocios y los focenses se había despertado con nuevas fuerzas, cuando estos últimos, después de la muerte de Epaminondas, se separaron de la hegemonía tebana, y cuando un gran número de labradores y pastores, junto con algunos nobles ricos y poderosos, procuraron conservar á toda costa su independencia. En tales circunstancias, el odio de los tebanos abusó de un modo indigno y para un fin político de la influencia que ejercían en el consejo de los Anfictiones, suscitando la cuestión de las fronteras entre la Fócide y Delfos. Una parte del territorio sagrado había sido ocupado por los focenses, especialmente por la familia de Euticrates. Los hieromnemonos, junto con los locrios y los tesalios, pidieron se impusiese una fuerte multa á la Fócide y se renovase la antigua sentencia condenatoria contra Esparta; y como esto no obtuviese ningun resultado, en la reunión que celebraron los Anfictiones en el otoño de 356 dieron el fatal decreto en virtud del cual el territorio focense debía ser anatematizado y consagrado á Apolo, si sus habitantes no hacían efectiva dentro de un plazo determinado la fuerte multa que les había sido impuesta. Encolerizados los focenses, y esperanzados de que les auxiliarían Esparta y Atenas, se negaron á someterse á tales exigencias. Dos hombres enérgicos y dotados de grandes cualidades, Onomarco hijo de Euticrates, y Filomelo de Ledon, hijo de Teótimo, fueron los jefes del partido de la guerra. La asamblea del territorio les nombró generales, tratándose ante todo de destruir las intrigas en Delfos tramadas contra Fócide, y de recuperar el patronato del santuario de Apolo.

Filomelo firmó personalmente un tratado de alianza con el rey de Esparta Arquidamas III, que le auxilió con tropas y dinero. Nombrado entonces general en jefe, arrojóse con irresistible fuerza, durante la primera mitad del año 355, contra Delfos, exterminó la familia sacerdotal de los Trácidas, enemigos suyos, y se mostró en todo lo demás extremadamente moderado. Cuando hubo derrotado á los locrios ozólicos que se le resistieron tenazmente, sometió á su política á la Pitonisa y su conducta mereció la aprobación de Esparta y de Atenas, pues se abstuvo de saquear los templos.

Por su parte Tebas no quiso permanecer ociosa. Mientras Filomelo fortificaba á Delfos, reclutaba mercenarios y penetraba en la Lócride al frente de 5,000 hombres, los antiguos enemigos de los focenses, en una reunión que celebraron los Anfictiones en las Termópilas en el otoño de 355, declararon inaugurada la guerra sagrada. Todas las tribus septentrionales que habitaban entre el Olimpo y las fronteras septentrionales focenses, junto con los beocios y los locrios, se pusieron en movimiento contra el audaz pueblo del Parnaso. Pero los focenses no se desanimaron. Cierta que á pesar de las simpatías que por ellos sentían los espartanos, aqueos, corintios y atenienses, y de la alianza entre estos formada en favor de la Fócide, recibieron los focenses escasos auxilios, y que los atenienses no procuraron por desgracia apagar el incendio, pero los focenses, contando solo con la ayuda de los aqueos, se aprestaron para oponer una tenaz resistencia, encendiéndose una de las mas desastrosas guerras que asolaron entonces con sus horrores el suelo griego. El ciego furor que inspiraban el odio de raza y el fanatismo religioso contra los focenses, á quienes se detestaba por ladrones de templos, llevaron á sus enemigos á toda clase de violencias. En cambio los focenses, al ver que se trataba de su existencia, abandonaron toda consideración, se apoderaron del tesoro del templo de Delfos, y con aquel dinero hicieron grandes alistamientos, convirtiendo su país en punto de reunión de los mas rudos soldados, cada vez mas desmoralizados y sin mas patria que la de aquel que les pagaba mejor sus servicios.

La larga y violenta guerra dió lugar á muchas vicisitudes.

El entendido, enérgico y activo Filomelo, que había reunido 10,000 hombres de á pié y de á caballo, supo impedir durante mucho tiempo que se unieran sus principales enemigos, los tesalios y los beocios. Cuando en la segunda mitad del año 354 fué Filomelo vencido por las fuerzas superiores de los beocios, muriendo en Neon, en el Parnaso, tomó el mando en jefe Onomarco, que se asoció con su hermano Failo. El nuevo general se mostró personalmente mas considerado que Filomelo y se apoderó sin consideración alguna de las preciosas ofrendas sagradas de Delfos. Bajo la dirección de este hombre, que no estaba exento de faltas y de ciertas tendencias tiránicas, tomaron los aprestos bélicos gran incremento. Habiendo cometido los tebanos, después de la muerte de Filomelo, la falta de enviar al auxilio de Artabazo al gran Pammenes con 5,000 hombres, cuya estrella comenzó á eclipsarse por entonces, se encontraron momentáneamente debilitados, y vieron con espanto el afán con que varios lugares beocios trataban de sublevarse. La nobleza tesálica tenía en jaque á Onomarco, mientras este firmaba una alianza con Licofron y Pheitholao, asesinos y sucesores de Alejandro de Fere, y les auxiliaba con dinero para la expedición que se intentaba contra los Aleuadas.

Onomarco se arrojó en persona en 353 contra la comarca lócrida que se extendía entre la Beocia y las Termópilas, conquistó á Thromon, se apoderó de las Termópilas, sujetó á los ozolios, asoló la Doride, penetró en Beocia y puso sitio á Queronea. Al propio tiempo envió á su hermano Failo con 7,000 hombres á Tesalia, para proteger al príncipe de Fere contra Filipo, que había sido llamado por los Aleuadas á su socorro. Entonces comenzó el rey macedónico sus operaciones para conquistar la hegemonía de la Grecia.

VII.—FILIPO FUNDA FILIPOS Y PENETRA EN TESALIA. FILIPO DERROTA Á LOS FOCENSES Y CONQUISTA LA TESALIA. POLÍTICA DE FILIPO

Filipo había sabido aprovechar desde 356, para el logro de sus deseos, la situación precaria de los atenienses y las luchas que se habían encendido en el Norte y centro de Grecia. La conquista de Anfipolis le había servido para extender el territorio de sus costas orientales hasta Nestos, y el haber sido llamado al auxilio de los griegos habitantes de la colonia minera Crenides, que se veían hostilizados por los tracios, le dió ocasión para construir la fortaleza de Filipos, en la ladera septentrional de la montaña aurífera del Pangeon. Para la explotación de las minas de oro y de plata que poblaban este distrito, tan apreciado desde los mas remotos tiempos, creó una administración minera, que al poco tiempo le produjo una renta anual de 1,000 talentos (23,550,000 reales). La importantísima situación estratégica de Filipos adquirió universal fama durante el período romano.

Filipo que tenía completa libertad de acción y que estaba animado de una infatigable actividad, á la cual debía una buena parte de sus éxitos, entabló á ejemplo de su hermano Alejandro, negociaciones con los Aleuadas para resistir á los fereos. Al propio tiempo dejaba que sus generales luchasen desde 356 con los pueblos bárbaros que rodeaban su reino, tanto mas cuanto que el tracio Quersobleptes mostraba deseos de formar de nuevo contra él una alianza con los peonios y los ilirios. Pero su principal atención estaba fija en los asuntos griegos. Pronto pudo armar una escuadra que en 353 se apoderó de Halonesos, nido de piratas, y que con sus expediciones en corso hostilizó á los expedicionarios mercantes áticos y á las islas aliadas. En el propio año intentó el rey un viaje de reconocimiento por las costas, hasta Hebrós, conquistó á Abdera y Maronea y arrebató á los atenienses la ciudad aliada de Methone, situada en las costas de la Pieria.

No queriendo todavía enemistarse con Olinto, permitiéndole que se mezclase en los asuntos de la Grecia septentrional. Las crudas contiendas entre los fereos y los demás tesalios habían tomado un carácter de tirantez tal, que los Aleuadas de Larisa solicitaron el poderoso auxilio militar del rey de Macedonia, el cual aceptó con gusto y dirigió en persona la expedición.

En cambio fracasó su tentativa de intervenir seriamente en los asuntos griegos, no sin conseguir la derrota de las tropas focenses, mandadas por Failo, que se vieron obligadas á emprender la retirada. Las consecuencias de haber Onomarco enviado estas tropas á Fere, fueron que el general focense se vió obligado por los tebanos á levantar el sitio de Queronea; pero habiendo reunido todas sus fuerzas, dirigióse á Tesalia y en 353 derrotó por dos veces al ejército macedónico.

El rey Filipo no se arredró por esto; contaba con el apoyo de los tesalios, tradicionales enemigos de los focenses, á quienes inspiraban horror los ladrones de templos y los brutales mercenarios de Failo y de Onomarco. Cuando aquel hombre infatigable hubo hecho nuevos aprestos, al mismo tiempo que Onomarco penetraba en Beocia y conquistaba á Queronea (primavera de 352), no dejó la victoria de secundar sus planes. Onomarco se retiró de nuevo con su ejército á Fere y muy pronto se dió en las costas de Magnesia una batalla decisiva, en la cual Filipo, con 20,000 infantes y 3,000 caballos, derrotó por completo á los 20,500 hombres de su adversario, pereciendo en la lucha 6,000 focenses y mercenarios. La crueldad de esta guerra religiosa está caracterizada por el hecho de Filipo, que llamándose entonces *vengador de los dioses*, mandó arrojar al mar á 3,000 prisioneros *ladrones de templos* y clavar en una cruz el cadáver de Onomarco. Esto debilitó considerablemente las fuerzas de los focenses, hasta que Failo pudo reclutar nuevos mercenarios, gracias al doble sueldo que les concedió.

Filipo había conseguido una gran victoria: la rápida energía con que los atenienses le imposibilitaron la conquista de las Termópilas, no le impidió llevar sus falanges á la Grecia central. Gracias á las simpatías de la mayoría de los Anfictiones y á la amistad de los tebanos, el éxito de su empresa le valió la soberanía sobre la Tesalia. Los príncipes de Fere fueron arrojados de la ciudad y esta se vió independiente; pero Pagase y la península de Magnesia pasaron á manos de Filipo, que tomó bajo su patronato á los demás tesalios. Con esto preparó las próximas relaciones entre Tesalia y Macedonia, que subsistieron, con escasas interrupciones, hasta la victoria que los romanos ganaron en Cincocéfalos contra los macedonios.

El año de 352 forma época en la historia de Filipo: durante él venció y sujetó en Tracia á Quersobleptes, alióse con Bizancio y Corinto, y entabló negociaciones diplomáticas con los persas. Este rey, que durante siete años había tenido que luchar por la conservación de su pequeño Estado, dominaba entonces sin obstáculo alguno en todos los territorios que se extendían entre el golfo Pegaseo y el Bósforo: solo siete años habían bastado á Filipo para colocar á Macedonia en el puesto de la potencia mas fuerte de la península tracio-griega.

Desde aquel momento trató seriamente Filipo de conquistar la hegemonía de Grecia, y sus esfuerzos por conseguirlo dieron á los sucesos que ocurrieron en los catorce años sucesivos un carácter eminentemente trágico. Los observadores de la posteridad no titubean en afirmar que el movimiento operado en los asuntos griegos, y al cual se debieron la decadencia de Esparta, el enflaquecimiento de Atenas, y el rápido descenso del corto apogeo de Tebas, fué históricamente necesario. Es indudable que dada la imposibilidad en que se